

AGENDA CIUDADANA

EL FUTURO NO ES LO QUE ERA

Lorenzo Meyer

El Tiempo Pasado.- Como señala el título de este ensayo –que obviamente está tomado de la obra de Juan Luis Cebrián-- hubo un tiempo en que los mexicanos tuvieron una imagen positiva del futuro. El razonamiento que en diferentes momentos del pasado llevó a que el proyecto nacional dominara positivamente la imaginación del conjunto, fue más o menos así: los líderes triunfantes afirmaron tener el control los hilos de la trama del proceso social mexicano y se comprometieron a tejerlos de tal manera que se lograra un porvenir digno. Desde esta perspectiva, se aseguró, el país de los mexicanos podría ser finalmente lo que sus integrantes se propusieran que fuera. Ese era el espíritu dominante cuando se alcanzó la independencia, cuando Benito Juárez restauró la República en 1867, cuando el régimen porfirista llegó a su madurez, cuando la Revolución Mexicana dio inicio a una nueva estabilidad bajo la bandera de la justicia social, cuando al fin de la II Guerra Mundial la posrevolución se propuso industrializar al país, cuando en 1993 el “nacionalismo revolucionario” dio paso a la integración con Estados Unidos o en el 2000, cuando la derecha democrática arrancó el monopolio del poder de manos del PRI. En todos esos casos, el futuro incluía una combinación de progreso material y moral, de relación soberana con el exterior y justicia sustantiva en el interior. El problema es que hoy, esa idea del futuro se ha difuminado. Pareciera que hoy el presente sólo se administra sin tener idea clara del futuro.

En los momentos o períodos de nuestra historia en que hubo confianza, en que se trazaron las grandes líneas de un proyecto nacional con bases efectivas, se sostuvo la idea de que el porvenir sería dramáticamente mejor que el pasado, que combinaría una transformación material sustantiva con un arreglo interno más armónico y que, frente al exterior, los mexicanos seríamos cada vez más los dueños de nuestro propio destino.

En realidad, con sus altas y bajas, esa seguridad de que todo tiempo venidero sería mejor, hoy pareciera estar en crisis. El último gran estallido de esperanza o confianza colectiva, fue justamente el que acompañó al cambio de régimen en el 2000: al triunfo de la democracia sobre el autoritarismo. Sin embargo, a partir del estancamiento político y económico que siguió a ese magnífico cambio, la idea del futuro, del progreso como algo casi inevitable, empezó a perder fuerza, y si no se hace algo importante al respecto, la imagen de lo por venir amenaza con dejar de ser lo que fue.

Hoy, con el peso acumulado de una economía que lleva veinte años de impotencia para resolver el problema básico de proveer de empleo aceptablemente remunerado al grueso de los mexicanos que lo solicitan, el futuro no luce bien. Hoy, tras comprobar que el gran triunfo democrático de inicio del siglo XXI no ha llevado a detener la corrupción, a darle calidad a la impartición de justicia, a recuperar independencia y, en una palabra, a mejorar la vida en común, falta confianza sobre lo que vendrá.

Desconfianza.- Las cifras nos dicen que en la actualidad apenas el 62% de los mexicanos consideran que la democracia tan duramente lograda, es el mejor sistema de gobierno. Desde luego que en ningún país toda la sociedad se identifica con la democracia, pero que más de un tercio sea indiferente o antagónico a esa forma de gobierno –a su ética-- no es una buena noticia. La otra cara de la moneda es que hay una proporción aún mayor de mexicanos –alrededor del 70%-- que es indiferente a lo que sucede en la esfera de la política a pesar de que lo que ahí acontece afecta a todos. Una mayoría desconfía de instituciones fundamentales: la policía, la administración de la justicia, los partidos políticos o el congreso (Milenio Diario, 18 de mayo).

Oleadas.- México inició su vida como nación independiente con un estallido de confianza en el propio destino, pero ese sentimiento optimista se desvaneció muy rápido, pues estaba sostenida en una mezcla de los datos contenidos en la obra de Alexander von

Humbolt sobre la Nueva España con una enorme dosis de fantasía sobre las que se montó el gran y efímero “Imperio Mexicano”. Cuando en 1853 Francisco González Bocanegra escribiera el himno nacional y sugiriera que el destino de México había sido escrito por el dedo de Dios, en el país casi no había confianza en algo o alguien. La restauración de la república en 1867 y el advenimiento de la paz trajeron consigo una nueva ola de optimismo, aunque modesta comparada con la original. La brutalidad de lo vivido hasta entonces –ingobernabilidad, desunión, corrupción, rebeliones, invasiones, guerra civil, etcétera-- hizo que el realismo fuera mayor, aunque conforme la estabilidad se asentó, la confianza en el futuro aumentó, al menos entre las clases dirigentes y sectores medios. La confianza en el progreso de México reapareció.

El Hombre, la Medida de todas las Cosas.- La posibilidad de que el hombre y la sociedad fuesen los arquitectos de su propio destino, es un sentimiento relativamente nuevo en la historia mundial. Al recorrer los milenios de la historia de Occidente y llegar a la Grecia Clásica, no puede uno menos que sorprenderse y admirar la confianza y la fuerza intelectual de los habitantes de aquella península que llegaron a la conclusión que la recta razón y el conocimiento de la realidad permitirían, por sí mismos, diseñar el mejor sistema o arreglo político posible. No eran los dioses o el azar sino algo enteramente y exclusivamente humano, la razón, lo que podía permitir descubrir las leyes de la naturaleza y de la sociedad y la voluntad de ponerlas en práctica. Ese conocimiento, bien empleado, podía permitir a los hombres ser dueños de su propio destino, aunque con límites. En efecto, los griegos no creyeron el progreso sino en una sucesión de ciclos, donde al auge seguiría la decadencia y así sucesivamente.

La evolución de Occidente llevó a que, tras la caída del Imperio Romano se perdiera la confianza en el la razón y en el conocimiento, pero más tarde, en el Renacimiento, esa visión del mundo volvió a aflorar, es decir, en el siglo XV, cuando se

redescubrió a la antigüedad clásica. Y fue entonces cuando a una renovada confianza en la razón humana a la que más tarde, durante la Ilustración, se le añadiría algo más: la formidable y poderosa idea --¿ideología?-- del progreso.

Fue Protágoras, el más célebre de los sofistas griegos, quien en el siglo V a.c. afirmó: “el hombre es la medida de todas las cosas”. Milenio y medio más tarde, en el inicio del siglo quince, en Italia, León Battista Alberti –arquitecto y humanista-- retomó el tema y definió al hombre como el producto mejor terminado de la creación, tanto física como intelectualmente, al punto de considerarlo similar a un dios inmortal. Con inteligencia y trabajo, con la unión de la teoría y la práctica, casi todo era posible, incluida la polis a la medida de la naturaleza humana. El desarrollo de la ciencia, es decir, de la explicación no religiosa del mundo, y de la confianza en la capacidad del hombre para dominar la naturaleza, llevó a que al final del siglo XVIII, y en la constitución de los recién nacidos Estados Unidos de América, se declarara que el hombre tenía derecho no sólo a la libertad sino también a la felicidad, pues la razón lo hacía posible. Medio siglo más tarde, Carlos Marx llevó esa confianza y optimismo respecto del futuro al extremo: la historia estaba regida por leyes, esas leyes ya se habían descubierto –el materialismo histórico— y mostraban que el progreso era simplemente inevitable. En algún momento el desarrollo de las fuerzas productivas permitiría, aunque no sin lucha y sin sangre, que el hombre pudiera dominar tanto la naturaleza como a su naturaleza. La explotación, la necesidad, la propiedad y la política misma, serían superadas, y surgiría el hombre auténticamente libre.

El optimismo marxista fue compartido por sus adversarios capitalistas, aunque de manera distinta, moderada. Sin embargo, las guerras mundiales del siglo XX y otras brutalidades, como los totalitarismos –uno de ellos, el “socialismo real”, construido justamente en nombre del marxismo – hicieron que más de uno pusiera en duda o de

plano perdiera la fe en la idea misma de la perfectibilidad de la sociedad. Sin embargo, sobrevivió el optimismo y la confianza en lograr un futuro social superior en lo material y en lo moral al del presente. En realidad, fue justamente en el país que más éxito tuvo en el siglo XX, en Estados Unidos, donde el optimismo respecto del porvenir se mantuvo hasta convertirse en la base de la ideología que hoy encuadra el proceso de globalización capitalista y de construcción del “Nuevo Siglo Americano”.

Estados Unidos como Punto Inevitable de Referencia.- Fue el descalabro sufrido por México en su conflicto con unos Estados Unidos en ascenso en 1847, lo que llevó a más de uno a sospechar que, como país, los mexicanos ya no teníamos futuro. La confianza norteamericana se alimentó del desaliento mexicano. Sin embargo, cuando retornó el optimismo a las elites y a las bases sociales, lo hizo justamente por el camino de la posibilidad de emular en algunos aspectos los avances materiales e intelectuales de Estados Unidos: orden, legalidad, poblamiento, ferrocarriles, comercio, bancos, industrias, etcétera. El crecimiento económico experimentado a partir de 1890, hizo abrigar la posibilidad de un México capaz de defender su independencia a base de desarrollo y a pesar de la vecindad con la potencia emergente. El monumento a los héroes de la independencia inaugurado en el afrancesado Paseo de la Reforma en 1910, fue la expresión en piedra, bronce y oro, de esa nueva ola de confianza.

La explosión revolucionaria provocada por la demanda maderista de democracia política, pasó rápido y terminó por llevar el nacionalismo mexicano a nuevas alturas. El choque político --y en menor medida militar-- con Europa y Estados Unidos, la consigna de “México para los mexicanos” y su expresión concreta en los artículos de la Constitución de 1917, terminaron por hacer llegar a las clases populares la confianza en el futuro mexicano. La expropiación petrolera de 1938, aunada a la nacionalización de la banca, de los ferrocarriles y a la reforma agraria, le dieron concreción al nacionalismo.

A partir de 1940, la industrialización, la urbanización, la expansión de la educación, los servicios de salud, la gran obra pública –carreteras, electrificación, presas— y la estabilidad y crecimiento de la economía, hicieron que el lado oscuro del desarrollo de mediados del siglo XX –autoritarismo y corrupción— no impidiera el crecimiento en la confianza generalizada sobre el futuro (véase la encuesta sobre actitudes políticas de los mexicanos en la obra de Gabriel A. Almond y Sidney Verba, The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations, 1963). El fracaso, en 1982, del modelo económico vigente fue un golpe brutal a esa confianza, aunque por un momento la campaña salinista logró presentar al Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) como un inesperado pero seguro camino para reiniciar el camino a la prosperidad --México iba a ingresar al grupo de países del llamado Primer Mundo--. Sin embargo, el “error de diciembre” del 94 volvió a echara para atrás la confianza al punto que acabó con el régimen del PRI.

La democracia en el 2000 se logró, en parte, gracias a una campaña basada en la resurrección del optimismo de cara al futuro, pero al no cumplirse claramente la promesa de mejoramiento material y moral, hemos vuelto al reino de la duda. Y es natural, al lado del enorme éxito de Estados Unidos está un pobre resultado en el supuesto esfuerzo por mejorar la vida cotidiana de la mayoría de los mexicanos. La vieja meta del desarrollo soberano se ve hoy casi imposible, a la vez que persiste el estancamiento económico, la corrupción, la ineficiencia del aparato estatal y la grisura de la clase política en conjunto.

Es indispensable generar un debate en torno a la naturaleza del México que queremos ser. Entre todos los actores políticos –la presidencia, los partidos, los medios, la empresa, las ONG, las iglesias, la academia-- las líneas generales de lo que podemos y

debemos ser y el camino para lograrlo. Sin una imagen positiva de nuestro porvenir colectivo, la dureza del presente no es soportable, no tiene sentido.